

El espejo de las ideas

Limpieza y pulcritud

EDUARDO GARZA CUÉLLAR

18
EstePaís cultura

Convivir con la naturaleza (acampar, por ejemplo) modifica sustancialmente nuestro concepto —ciudadino— de suciedad y de limpieza.

Mientras que en la ciudad la limpieza del calzado llega a ser determinante, en el campo es irrelevante, incluso imposible. En cuanto pasan las horas en un campamento ni los restos de una manzana son propiamente “basura”, ni las uñas impecables son viables. El polvo en el cuerpo y en el pelo, el estar sanamente desaliñado y ¡hasta un cierto olor a estiércol! van formando parte del entorno, sin violentarlo.

Sin embargo, cosas que pudieran pasar desapercibidas en la ciudad, como el ruido, las bolsas de plástico, el smog o los envases (aunque estos últimos estuvieran perfectamente confinados en un improbable cesto) llegarían a ser disonantes, incluso ofensivas.

En la ciudad, la práctica de neutralizar una sustancia tóxica con otra es común. En el campo es imposible. En la ciudad purificamos el agua, utilizando sustancias que, en estado puro, nos matarían.

Podemos pensar que mientras el concepto de *limpieza* está en el terreno de lo ecológico, en las ciudades éste es más bien de orden cosmético.

Por eso la maquinaria de limpieza de una ciudad —al igual que su sistema de drenaje— aspira fundamentalmente a sacar la suciedad de nuestro campo visual en el menor tiempo y de la manera más aséptica posibles. Se trata de alejar al máximo los desperdicios de la vista de todos, de eliminarlos del paisaje urbano.

La creencia que posibilita y sustenta dicha práctica raya en el pensamiento mágico: *una vez que no la vemos, la basura desaparece*.

Esta creencia infantil favorece a un sistema al que no conviene que sepamos lo que está después del basuro. Beneficia, por ejemplo, a los ministros de una religión nueva, la consumista, cuya eficacia es, tal y como lo advierte Zygmunt Bauman,¹ inversamente proporcional al tiempo que transcurre *del anaquel al basurero*.

La obsolescencia planificada, la aceleración de los tiempos de la moda, la innovación aparente y la fabricación mercadotécnica de necesidades corresponden a esta misma lógica.

¹ Zygmunt Bauman, *Tiempos líquidos*, Tusquets, Barcelona, 2007.

En todo esto no sólo encontramos una materia de la que la ética debe ocuparse urgentemente,² sino una metáfora de la ética misma.

También en el terreno moral existe una tendencia de naturaleza cosmética, ordenada por las formas y por las conductas, a lo socialmente inocuo y a lo políticamente correcto.

Dicha *ética de la pulcritud* es moneda común en empresas que adornan con lenguaje *correcto* prácticas que no están dispuestas a cuestionar, así como en individuos e instituciones públicas corruptos que hacen uso instrumental, estratégico o cosmético de la moral.

Obsesivas de la imagen y las relaciones públicas, se transforman gradualmente en personas, partidos políticos e instituciones diversas expertas en el encubrimiento y en el rebuscamiento que les permite mantener el manejo privado de lo público. Su valor central es la apariencia y su habilidad principal, sostenerla.

Pagan por supuesto la factura de la doble moral y del cinismo. Pero, sobre todo, amenazan con prostituir a la genuina moral, desgastando su discurso, enturbiándolo y restando viabilidad a sus propuestas.

Convertir la ética en un producto líquido más, en otra moda, desgastar su discurso —digno, urgente e importante— sería sin duda un pecado de traición contra nuestro tiempo.

Este pecado, de suyo grave, se vuelve especialmente delicado en un país como México, herido de corrupción y escudado en eufemismos, como el que sustituye las categorías morales —*malo y bueno*— por las de orden estético: *feo y bonito*.

A la ética de la apariencia, se contrapone la de la limpieza, enraizada en la libertad humana y en nuestra capacidad no tanto de hacer cosas buenas, sino *de hacernos buenos* a través de las cosas que hacemos y las

² Es común que la filosofía moral, obsesionada por tipificar los males del pasado, sea incapaz de denunciar los de nuestro tiempo (entre los cuales se ubica el consumismo y la relación entre el hombre y el medio ambiente): tal es el pecado del anacronismo.

decisiones que tomamos. La ética se ocupa justamente de nuestra capacidad de cincelar la obra de arte —inconclusa— que somos, atañe al raro privilegio humano de traicionar una vocación o de abandonarla (nada más doloroso que quien, habiendo sido una gran promesa de sí mismo, abandona su obra o la hace imposible), a aquello que los filósofos han llamado por siglos *imprimir carácter*.

Hablamos ciertamente de un trabajo artístico, pero sólo en sentido metafórico. Su fruto está en el ser, específicamente en la manera singularísima que éste adquiere en la persona; no en el ámbito de la belleza, ni mucho menos en el de la apariencia, sino en el de la dignidad.

Es tarea de nuestro tiempo liberar a la auténtica moral de la trampa de la levedad en que nuestra cultura la ha querido atrapar, transitar de lo cosmético a lo ético, de la pulcritud a la limpieza.

Para hacerlo no sólo es necesario afrontar las objeciones que la modernidad y la filosofía misma han presentado a la ética,³ las cuales se ubican normalmente en el terreno de su fundamentación.

Hace falta en primer lugar conectarla con el llamado de su tiempo, con lo que Ortega y Gasset llamó inicialmente *razón vital* y terminó llamando *razón histórica*, con lo que el Vaticano II denominó los signos de los tiempos; esto es, con los dilemas y problemas, algunos de ellos inéditos, que nuestro momento le presenta.

Mientras muchos filósofos académicos se pierden (de la vida) en agrias argumentaciones sobre la posibilidad o imposibilidad de fundamentar la ética, los dilemas morales

³ Esta titánica labor no puede obviar las objeciones que los llamados (por Ricoeur) “maestros de la sospecha” (Freud, Nietzsche y Marx) han presentado a la moral, ni las que derivan de la revolución copernicana promovida por Kant, del giro lingüístico de Wittgenstein... y una larga lista de etcéteras.



que se desprenden de la economía global, la ingeniería genética, el desequilibrio ecológico, las finanzas, la sanidad pública, la medicina o la combinación de muchas de ellas se siguen multiplicando y los siguen interpellando.

Quizá por ello Karl-Otto Apel sugiere distinguir el problema de la fundamentación de la ética (al que llama *ética uno*) del de la aplicación de la misma (*ética dos*). Esta distinción, que por supuesto reconoce la relación entre ambas, ha liberado a investigadores, sobre todo de la ética aplicada, que se han lanzado a generar propuestas de profundidad filosófica en torno a temas concretos como la acción empresarial, el consumo, la democracia o la ecología.

Pero la prueba que nos permite transitar sólidamente de lo cosmético a lo ético no es la de la vitalidad, sino *la de la validez*.

Desde la propuesta de Apel y su *ética del discurso*, lo que nos permite adjetivar de válida una norma moral es el que ésta derive del consenso entre los afectados por ella, dialogando en igualdad de circunstancias y logrando acuerdos de verdadero beneficio mutuo, con toda la comunicación, apertura y creatividad que se requiere para ello.

Así, un código de ética empresarial que sólo refleja los derechos e intereses legítimos de sus accionistas, pero no considera los de los demás grupos de interés (*stakeholders*) con los que ésta se relaciona (colaboradores, proveedores, clientes, distribuidores, sociedad, comunidades, medio ambiente) se queda más en lo cosmético que en lo moral y pesa por lo tanto más del lado de la pulcritud que del de la limpieza.

A últimas fechas se nos ha revelado que ¡hasta el grupo criminal de la familia michoacana dispone de un código de ética!, evidentemente orientado a satisfacer los intereses de unos, a costa del terrible daño que infringe en otros.

Transitar efectivamente de la pulcritud a la limpieza, hablar de ética con la seriedad y el sentido de urgencia que nos impone nuestro tiempo implica —al menos desde la propuesta de Apel, que han seguido pensadores de la talla de Habermas y Adela Cortina— la paciente y democrática tarea de identificar a todos los afectados por una norma propuesta para, después, construir imaginativamente espacios y mecanismos de empatía, diálogo y creatividad que les permitan soñar juntos normas viables e incluyentes, de verdadero beneficio mutuo. ~